



Katherine Mansfield



UN ALMA MODERNA Y CINCO HISTORIAS MODERNAS   KATHERINE MANSFIELD

Katherine Mansfield

Un alma moderna y cinco historias modernas



Katherine Mansfield

Kathleen Beauchamp, cuyo seudónimo es Katherine Mansfield, nació en Wellington, Nueva Zelanda, el 14 de octubre de 1888.

Fue una narradora que cultivó la novela corta y el cuento breve, lo cual la convirtió en una de las autoras más destacadas del género. Ella representa un caso aparte en la literatura anglosajona de la época, pues, de forma análoga a la del ruso Antón Chéjov, supo captar la sutileza del comportamiento humano.

En 1911, publicó su primer libro de narraciones, *In a German Pension,* revelador de una personalidad compleja y de difícil definición, así como de un estilo original en el que se advierten acusadas influencias de Chéjov.

Las sucesivas colecciones de cuentos, *Felicidad* (1921), *Garden-Party* (1922), *La casa de muñecas* (1922) y *El nido de palomas y otros cuentos* (1923), la impusieron rápidamente a la atención de la crítica y del público como uno de los mayores talentos narrativos de la época.

Fallece el 9 de enero de 1923 en un balneario cerca de Fontainebleau, Francia.

Un alma moderna y cinco historias modernas
Katherine Mansfield

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

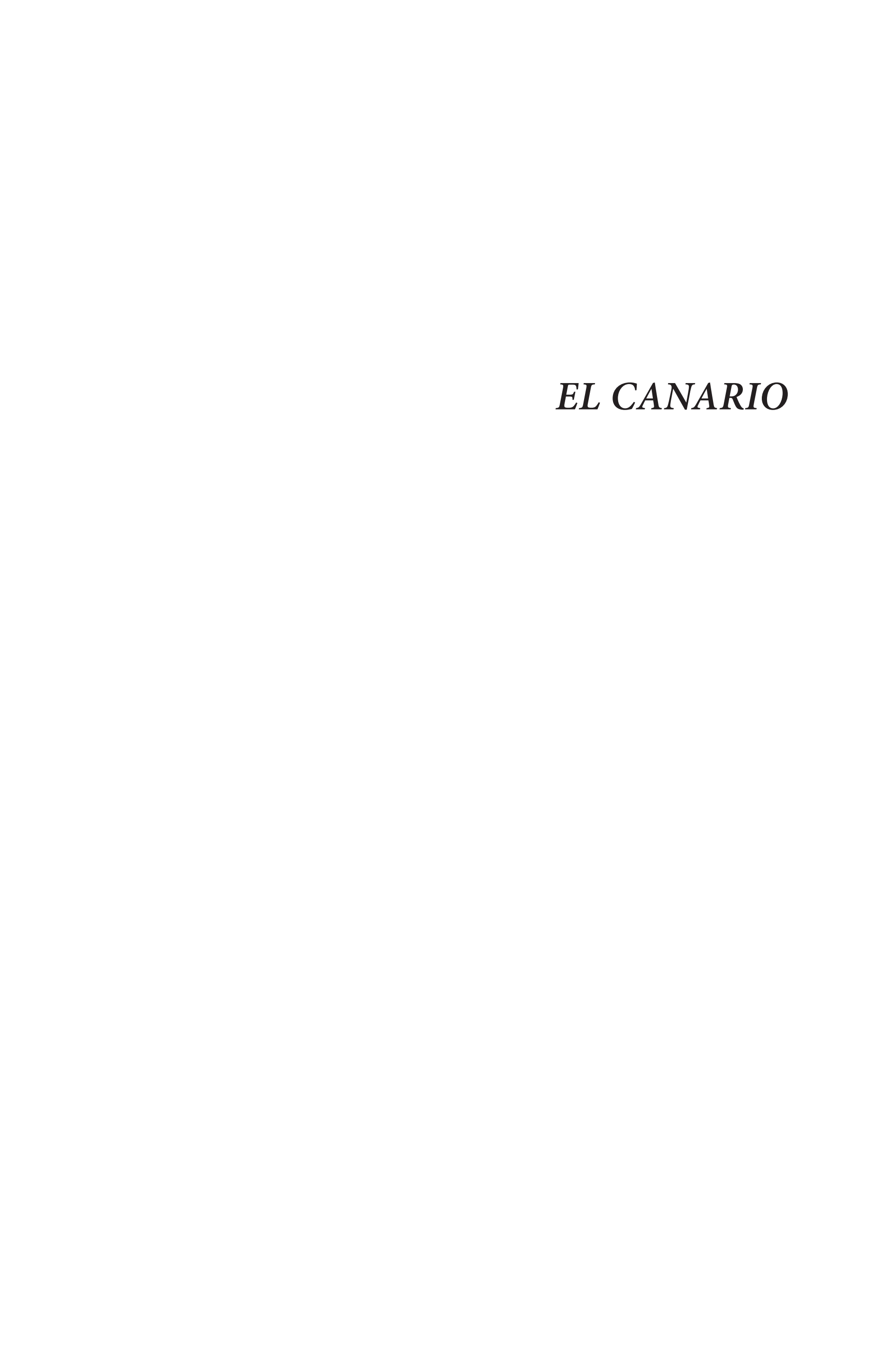
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL CANARIO

¿Ves aquel clavo grande a la derecha de la puerta de entrada? Todavía me da tristeza mirarlo, y, sin embargo, por nada del mundo lo quitaría. Me complazco en pensar que allí estará siempre, aun después de mi muerte. A veces oigo a los vecinos que dicen: «Antes allí debía de colgar una jaula». Y eso me consuela: así siento que no se le olvida del todo.

No te puedes figurar cómo cantaba. Su canto no era como el de los otros canarios, y lo que te cuento no es solo imaginación mía. A menudo, desde la ventana, acostumbraba observar a la gente que se detenía en el portal a escuchar, se quedaban absortos, apoyados largo rato en la verja, junto a la planta de celinda. Supongo que eso te parecerá absurdo, pero si lo hubieses oído no te lo parecería. A mí me hacía el efecto que cantaba canciones enteras que tenían un principio y un final. Por ejemplo, cuando por la tarde había terminado el trabajo de la casa, y después de haberme cambiado la blusa, me sentaba aquí en la baranda a coser: él solía saltar de una percha a otra, dar golpecitos en los barrotes para llamarme la atención, beber un sorbo de agua como suelen hacer los cantantes profesionales, y luego, de repente, se ponía a cantar de un modo tan extraordinario, que yo tenía que

dejar la aguja y escucharlo. No puedo darte idea de su canto, y a fe que me gustaría poderlo describir. Todas las tardes pasaba lo mismo, y yo sentía que comprendía cada nota de sus modulaciones.

¡Lo quería! ¡Cuánto lo quería! Quizá en este mundo no importa mucho lo que uno quiere, pero hay que querer algo. Mi casita y el jardín siempre han llenado un vacío, sin duda; pero nunca me han bastado. Las flores son muy agradecidas, pero no se interesan por nuestra vida. Hace tiempo quise a la estrella del atardecer. ¿Te parece una tontería? Solía sentarme en el jardín, detrás de la casa, cuando se había puesto el sol, y esperar a que la estrella saliera y brillara sobre las ramas oscuras del árbol de la goma. Entonces le murmuraba: «¿Ya estás aquí, amor mío?». Y en aquel instante parecía brillar solo para mí. Parecía que lo comprendiera…; algo que es nostalgia y, sin embargo, no lo es. O quizá el dolor de lo que uno echa de menos, sí, era este dolor. Pero ¿qué era lo que echaba de menos? He de agradecer lo mucho que he recibido.

Pero, en cuanto el canario entró en mi vida, olvidé a la estrella del atardecer: ya no me hacía falta. Y aquello ocurrió de una manera extraña. Cuando el chino que

vendía pájaros se detuvo delante de mi puerta y levantó la jaulita donde el canario, en vez de sacudirse como hacían los dorados pinzones, lanzó un débil y leve gorjeo, me sorprendí a mí misma diciéndole:

—¿Ya estás aquí, amor mío?

Desde aquel instante fue mío.

Aún me asombra ahora recordar cómo él y yo compartíamos nuestras vidas. En cuanto, por la mañana, quitaba el paño que cubría su jaula, me saludaba con una pequeña nota soñolienta. Yo sabía que quería decirme: «¡Señora! ¡Señora!». Luego lo colgaba afuera, mientras preparaba el desayuno de mis tres muchachos pensionistas, y no lo metía hasta que volvíamos a estar solos en casa. Más tarde, en cuanto terminaba de lavar los platos, empezaba una verdadera diversioncita nuestra. Solía poner una hoja de periódico en la mesa, y, cuando colocaba la jaula encima, el canario sacudía las alas desesperadamente como si no supiera lo que iba a ocurrir. «Eres un verdadero comediante», le decía riñéndolo. Le frotaba el plato de la jaula, lo espolvoreaba de arena limpia, llenaba de alpiste y de agua los recipientes, ponía entre los barrotes unas hojas de pamplina y medio chile.

Y estoy segura de que él comprendía y sabía apreciar cada detalle de esta ceremonia. ¿Comprendes? Era, de natural, de una pulcritud exquisita. En su percha jamás había una mancha. Y solo viendo cómo disfrutaba bañarse, se comprendía que su gran debilidad era la limpieza. Lo que yo ponía, por último, en la jaula era el envase en que se bañaba. Y al momento se metía en él. Primero sacudía un ala, luego la otra, después zambullía la cabeza y se remojaba las plumas del pecho. Toda la cocina se iba salpicando de gotas de agua, pero él no quería salir del baño. Yo solía decirle: «Es más que suficiente. Lo que quieres ahora es que te miren». Y por fin, de un salto, salía del agua, y sosteniéndose con una pata, se secaba con el pico, y al terminar se sacudía, movía las alas, ensayaba un gorjeo y levantaba la cabeza… ¡Oh! No puedo ni siquiera recordarlo. Yo acostumbraba limpiar los cuchillos mientras tanto, me parecía que también los cuchillos cantaban a medida que se volvían relucientes.

Me hacía compañía, ¿comprendes? Eso es lo que me hacía. La compañía más perfecta. Si has vivido sola, sabrás lo inapreciable que eso puede ser. Sin duda tenía también a mis tres muchachos que venían a cenar, y a veces se quedaban en casa leyendo los periódicos. Pero

no podía suponer que ellos se interesaran en los detalles de mi vida cotidiana. ¿Por qué se iban a interesar? Yo no significaba nada para ellos: tanto es así, que una noche, en la escalera, oí que, hablando de mí, me llamaban «el adefesio». No importa. No tiene importancia, la más mínima importancia. Lo comprendo bien. Ellos son jóvenes. ¿Por qué me iba a incomodar? Pero me acuerdo de que aquella noche me consoló pensar que no estaba sola del todo. En cuanto los muchachos salieron, le dije a mi canario: «¿Sabes cómo la llaman a tu señora?». Y él ladeó la cabeza, y me miró con su ojito reluciente, de tal forma que tuve que reírme. Parecía como si le hubiese divertido aquello.

¿Has tenido pájaros alguna vez? Si no has tenido nunca, quizá todo esto te parezca exagerado. La gente cree que los pájaros no tienen corazón, que son fríos, distintos de los perros y los gatos. Mi lavandera solía decirme cuando venía los lunes: «¿Por qué no tiene un foxterrier bonito? No consuela ni acompaña un canario». No es verdad, estoy segura. Me acuerdo de una noche que había tenido un sueño espantoso (a veces los sueños son terriblemente crueles) y, como que al cabo de un rato de haberme despertado no conseguía tranquilizarme, me

puse la bata y bajé a la cocina para beber un vaso de agua. Era una noche de invierno y llovía mucho. Supongo que aún estaba medio dormida: pero, a través de la ventana sin postigo, me parecía que la oscuridad me miraba, me espiaba. Y de pronto sentí que era insoportable no tener a nadie a quien poder decir: «He soñado un sueño horrible» o «protégeme de la oscuridad». Estaba tan asustada, que incluso me tapé un momento la cara con las manos. Y luego oí un débil «*¡Tui-tuí!*». La jaula estaba en la mesa, y el paño que la cubría había resbalado de forma que le entraba una rayita de luz. «*¡Tui-tuí!*», volvía a llamar mi pequeño y querido compañero, como si dijera dulcemente: «Aquí estoy, señora mía: aquí estoy». Aquello fue tan consolador que casi me eché a llorar.

Pero ahora se ha ido. Nunca más tendré otro pájaro, otro ser querido. ¿Cómo podría tenerlo? Cuando lo encontré tendido en la jaula, con los ojos empañados y las patitas retorcidas, cuando comprendí que nunca más lo oiría cantar, me pareció que algo moría en mí. Sentí un vacío en el corazón como si fuera la jaula de mi canario. Me iré resignando, seguramente tengo que acostumbrarme. Con el tiempo todo pasa, y la gente dice que yo tengo un carácter jovial. Tienen razón. Doy gracias a Dios por habérmelo dado.

Sin embargo, a pesar de que no soy melancólica y de que no suelo dejarme llevar por los recuerdos y la tristeza, reconozco que hay algo triste en la vida. Es difícil definir lo que es. No hablo del dolor que todos conocemos, como son la enfermedad, la pobreza y la muerte, no: es otra cosa distinta. Está en nosotros, profunda, muy profunda, forma parte de nuestro ser al modo de nuestra respiración. Aunque trabaje mucho y me canse, no tengo más que detenerme para saber que ahí está esperándome. A menudo me pregunto si todo el mundo siente eso mismo. ¿Quién lo puede saber? Pero ¿no es asombroso que, en su canto dulce y alegre, era esa tristeza, ese no sé qué lo que yo sentía?

LA HERMANA DE LA BARONESA

—Esta tarde llegarán dos nuevos huéspedes —dijo el gerente de la pensión, colocando una silla para mí ante la mesa donde se servía el almuerzo—. Acabo de recibir la carta donde me lo comunican. La baronesa de Gall va a enviarnos a su hijita para hacer la «cura»; es muda la pobrecilla. Estará con nosotros un mes, al cabo del cual va a venir la baronesa en persona.

—La baronesa de Von Gall —exclamó *Frau Doktor*, que entraba en el comedor, venteando materialmente el nombre—. ¿Va a venir aquí? *Deporte y Salón* traía su retrato la semana pasada precisamente. Tiene amistad con la familia imperial. He oído decir que la *Kaiserin* le habla de tú. ¡Oh, es encantador! Seguiré el consejo de mi médico, y pasaré seis semanas extra aquí. No hay nada como el trato con la gente joven.

—Pero la niña es muda —Osó afirmar el gerente con aire apologético.

—¡*Bah!*, y eso ¿qué importa? Los niños infortunados tienen unas maneras tan delicadas...

Cada huésped que entraba al comedor era bombardeado con la maravillosa noticia: «La baronesa

de Von Gall va a mandar aquí a su hijita. La baronesa en persona vendrá dentro de un mes». El café con bollos alcanzó caracteres de orgía. Resplandecíamos materialmente de satisfacción. Se nos sirvieron anécdotas de la nobleza, endulzadas para sorberlas mejor. Nos atiborramos de escándalos aristocráticos generosamente embadurnados de mantequilla.

—Van a ocupar la habitación contigua a la suya —dijo el gerente dirigiéndose a mí—. Estaba pensando si usted nos permitiría quitar el retrato de la *Kaiserin Elizabeth* del testero de su cama, para colocarlo sobre el sofá de ellas.

—Claro que sí —Observó *frau Oberregierungsrat,* acariciándome una mano—. Resultaría algo muy familiar para ellas, mientras que para usted no puede tener significación alguna.

Me sentí un tanto humillada. Y no por la perspectiva de perder de vista aquella fantasía diamantina sobre el busto de terciopelo azul, sino por el tono con que lo dijo. Era como expulsarme de su sociedad, marcándome con el hierro de mi extranjerismo. Pasamos el día haciendo especulaciones de gran altura. Decididamente la tarde

era demasiado calurosa para pasear, de modo que nos quedamos en cama, acumulando fuerzas para el café de media tarde. Y he aquí que un carruaje se detiene ante la puerta, y que una joven alta desciende de él, llevando de la mano a una niña. Penetran en el vestíbulo, donde se les dio la bienvenida antes de conducirlas a sus habitaciones, y diez minutos después, bajaba la joven alta con la criatura para firmar en el registro de los viajeros. Llevaba un vestido negro muy ceñido, con un toque de volantes blancos en el cuello y las bocamangas, y los cabellos castaños recogidos en trenza y sujetos con un lazo negro. Estaba extraordinariamente pálida y tenía un lunar en la mejilla izquierda.

—Soy hermana de la baronesa Von Gall —dijo sonriendo despectivamente, mientras ensayaba la pluma en un trozo de papel secante.

La vida reserva momentos sensacionales, aun para los más maltratados por ella. ¡Dos baronesas en un par de meses! El gerente había salido corriendo en busca de una plumilla nueva.

Aquella infortunada niñita carecía, para mis ojos plebeyos, de todo atractivo. Tenía la apariencia de haber

sido lavada incesantemente con añil. El pelo era de un gris lanoso, y además llevaba un delantal tan almidonado que apenas podía mirarnos por encima de los volantes del cuello; una barrera social en forma de delantalito. Y quizá fuera exigir demasiado a su noble tía, el pedirle que se ocupara del cuidado de las orejas de la criatura. Pero hasta la muda más preciosa, con las orejas sucias, resulta desagradable.

Se les colocó a la cabecera de la mesa. Durante un rato nos miramos unos a otros con la expresión bobalicona. Al fin, *frau Oberregierungsrat* dijo:

—Espero que no estará muy cansada después del viaje.

—No —repuso la hermana de la baronesa, sonriendo dentro de la taza.

—Espero que la preciosa niña no esté cansada tampoco —añadió *Frau Doktor*.

—No, nada.

—Espero y confío en que esta noche dormirán bien —dijo respetuosamente *Herr Oberlehrer.*

El poeta de Munich no quitaba sus ojos un momento de la pareja. Dejó que su corbata absorbiera la mayor parte del café, mientras las contemplaba arrobado. «¡Qué pegaso más indomable!», dije para mí. Sus odas a la soledad iban a sufrir espasmos mortales porque en aquella joven había posibilidades de inspiración, y, no hace falta decirlo, de una dedicatoria. Así que desde aquel momento su doliente naturaleza se echó el lecho a cuestas y anduvo.

Terminada la comida se retiraron, para dejarnos hablar de ella con libertad.

—Se parecen —dijo *Frau Doktor*—. Son iguales. Y qué modales los de ella. Esa reserva, esas delicadas maneras con la criatura.

—Lástima que tenga que cuidar de la niña —exclamó el estudiante de Bonn.

Había estado confiado en que sus tres cicatrices y el galón producirían su efecto. Pero la hermana de una baronesa exigía más que todo eso.

Siguieron días muy ajetreados. De haber nacido en cuna menos alta, no hubiera podido sufrir que de

continuo se hablara de ella, que se cantaran sus alabanzas y se llevase detallada cuenta de sus movimientos. Pero ella soportaba graciosamente nuestra adoración y nosotros estábamos encantados.

Otorgó su confianza al poeta. Él le llevaba los libros cuando salían de paseo, él hacía cabalgar en sus rodillas —licencia poética— a la desdichada criatura. Y una mañana trajo al salón su libro de notas y nos leyó: «La hermana de la baronesa me asegura que va a entrar en un convento (esto hizo dar un salto en su asiento al estudiante de Bonn). He escrito estas pocas líneas la pasada noche en mi ventana, abierta al apacible aire nocturnal».

—¡Oh! —comentó *Frau Doktor*—, teniendo el pecho tan delicado.

Él le lanzó una mirada pétrea y ella se ruborizó.

—Sí, escribí estos versos:

«¡Ah!, ¿quieres a un convento huir
tan joven, tan fresca, tan bella?
Trisca como un gamo por las praderas
y allí encontrarás la hermosura».

Nueve estrofas igualmente encantadoras le ordenaban ejercicios igualmente violentos. Estoy segura de que, si hubiese seguido los consejos del poeta, no hubiera podido recobrar el aliento ni aun pasándose todo el resto de la vida en el convento.

—Le he obsequiado con una copia —nos dijo—, y hoy vamos a ir al bosque a buscar flores silvestres.

El estudiante de Bonn se levantó y salió de la habitación. Rogué al poeta que nos recitara sus versos una vez más, y, cuando llegaba a la sexta estrofa, vi por la ventana que la hermana de la baronesa desaparecía por la puerta del jardín en compañía del joven de las cicatrices. Esto me permitió darle las gracias al poeta de forma tan amable, que me ofreció copiar en limpio aquellos versos para mí. Pero en aquellos días vivíamos a una presión excesiva. ¿Cómo no caer cuando se quiere saltar desde una modesta pensión hasta los altos muros de los alcázares?

Por último, una tarde, *Frau Doktor* se me acercó en el salón de escribir y me abrió su corazón.

—Ha estado contándome toda su vida —musitó—. Vino a mi alcoba y se ofreció a darme masajes en el brazo. Ya sabe que soy la más sufrida mártir del reumatismo. Y figúrese; le han hecho ya seis propuestas de matrimonio. Ofertas tan bellas, que me han hecho llorar, se lo aseguro. Y todos de noble cuna. Oh, querida, la más hermosa de todas fue en un bosque. Yo creía que las declaraciones deben hacerse en un salón (es más propio que haya cuatro paredes), pero aquí se trataba de un bosque privado. El joven oficial le dijo que ella era como tierno arbolito, cuyas ramas no habían sido tocadas aún por la despiadada mano del hombre. ¡Qué delicado!

Alzó los ojos y suspiró.

—Claro que esto es difícil de comprender para ustedes los ingleses, que a todas horas enseñan las pantorrillas en los campos de *cricket* y se dedican a criar perros en los jardines traseros de sus casas. ¡Qué pena! La adolescencia ha de ser como una rosa silvestre. No acierto a comprender cómo las mujeres de su país pueden pescar marido.

Al decirlo movió la cabeza con tal violencia, que también moví yo la mía, sintiendo que la tristeza

se apoderaba de mi corazón. Me pareció que, verdaderamente, habíamos errado el camino. ¿Por qué el genio de lo novelesco había de extender solo sus alas rosáceas en la aristocrática Alemania?

Fui a mi habitación, me ceñí una cinta color rosa a los cabellos, cogí un volumen de versos de Mörike y bajé al jardín. Junto al invernadero crecía un gran arbusto de lilas purpúreas, y me senté a su pie, encontrando en él un significado melancólico, por aquella su delicada sugestión de medio luto. Yo también me puse a escribir un poema.

«Ellos se cimbrean y languidecen como en sueños;
Y nosotros, estrechamente apretados, nos besamos».

No pasé de ahí. «Estrechamente apretados» no me sonaba muy sugestivamente. Olía a armario ropero. ¿Iba a arrastrarse ya por el suelo mi rosa silvestre?

Mordisqueé una hoja, abrazando mis rodillas. Entonces, momento mágico, oí voces dentro del invernadero. La hermana de la baronesa y el estudiante de Bonn estaban allí.

Aunque fuera de segunda mano, más valía aquello que nada.

—¡Qué manos tan pequeñitas tiene usted! —decía el estudiante—. Son como azucenas en la ciénaga de su negro ropaje.

Aquello parecía ir de veras. La réplica de la noble dama era lo que más me interesaba. Pero, comprensiva, replicó solo con un murmullo.

—¿Puedo asirle una? —preguntó él.

Oí dos suspiros —sin duda se habían cogido las manos—. Él había arrancado de las obscuras aguas un noble capullo.

—Mire qué grandes resultan mis dedos al lado de los suyos.

—Pero están muy bien cuidados —dijo tímidamente la hermana de la baronesa. ¡La pécora! ¿Era el amor entonces cuestión de manicura?

—¡Oh, cómo me gustaría darle un beso! —murmuró el estudiante—. Pero, ¿sabe usted?, padezco un fuerte

catarro nasal y tengo miedo de contagiárselo. La noche pasada estornudé diecisiete veces y necesité tres pañuelos.

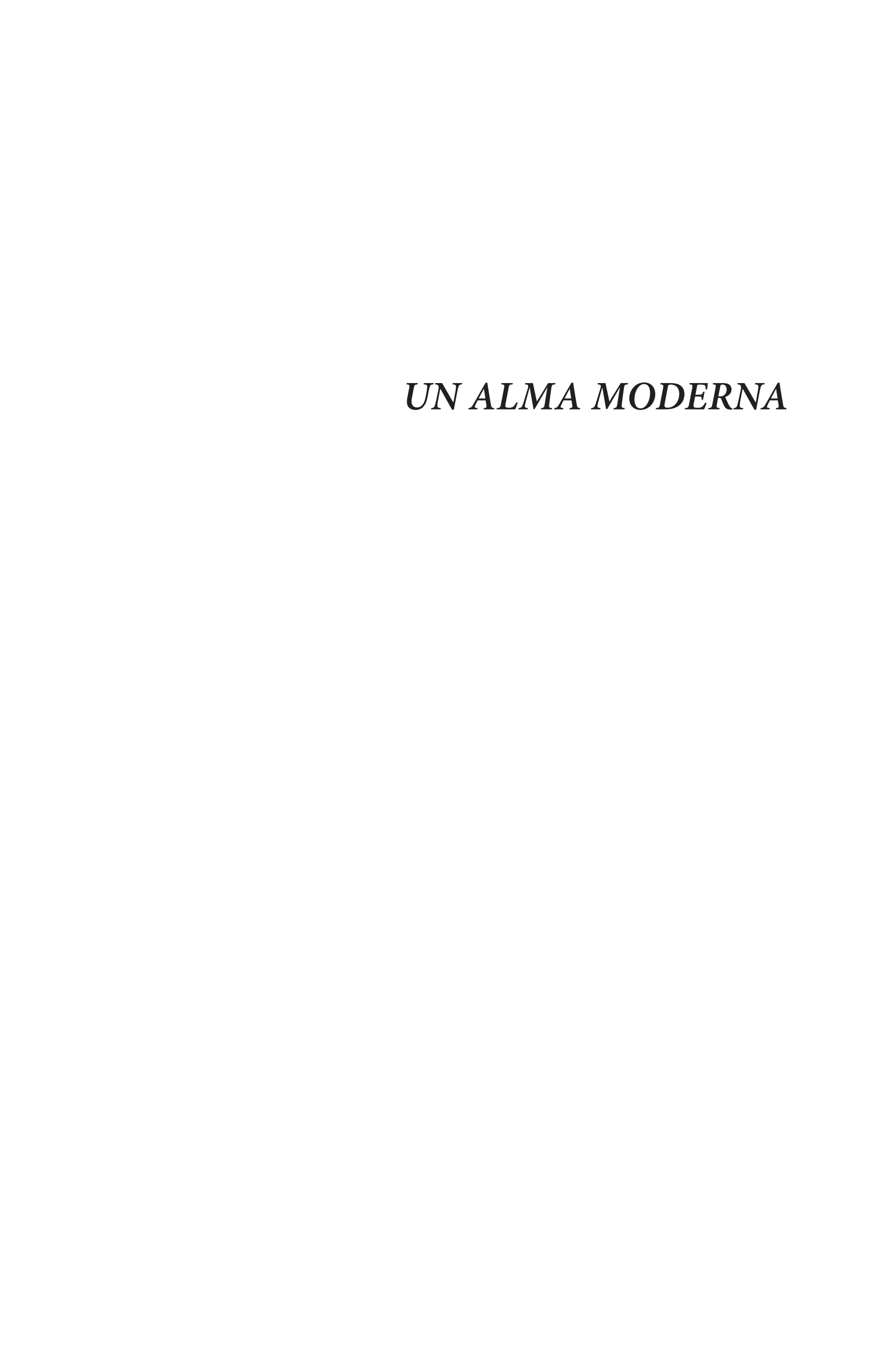
Mörike fue a parar al arbusto de las lilas y volví a la casa. Un gran auto trepidaba en la puerta de la calle. Gran conmoción en la sala. La baronesa venía por sorpresa a hacer una visita a su hija. Vestía un impermeable amarillo y se hallaba de pie en medio de la habitación interrogando al gerente. Todos los huéspedes que estaban en la pensión habían formado un grupo en derredor. Hasta *Frau Doktor*, pretendiendo consultar una guía de ferrocarriles, se acercaba a las faldas augustas todo lo que podía.

—Pero ¿dónde está mi doncella? —preguntó la baronesa.

—Aquí no hay ninguna doncella —replicó el gerente—. Solamente está su hermana con la niña.

—¿Mi hermana? —gritó con voz aguda—. ¡Idiota! No tengo ninguna hermana. Mi hija viaja con la hermana de mi modista.

¡*Tableau grandissimo!*



UN ALMA MODERNA

—Buenas tardes —dijo *Herr Professor,* estrechándome la mano—. ¡Qué tiempo más admirable! Acabo de volver de una gira en el bosque. Les estuve entreteniendo con el trombón. No puede imaginar qué acompañamiento más adecuado son los pinos para el trombón. Suspiran con tanta delicadeza ante fuerzas tan tenaces, como hice notar en una conferencia que di en Franckfurt sobre los instrumentos de viento. ¿Permite que me siente en el banco a su lado, *gnädige frau*?

Se sentó y, tirando del bolsillo de atrás de su levita, sacó una bolsa blanca de papel.

—Cerezas —explicó sonriendo y con expresivos movimientos de cabeza—. No hay nada como las cerezas para producir saliva abundante después de tocar el trombón. Sobre todo tras el *Ich Liebe Dich*, de Grieg. Ese soplo sostenido en *liebe* me deja la garganta como el papel de lija. ¿Quiere unas? —añadió agitando la bolsa ante mí.

—Prefiero vérselas comer a usted.

—¡Ja, ja! —cruzó las piernas, sujetando la bolsa de las cerezas con las rodillas a fin de tener libres las manos.

—Psicológicamente comprendo su negativa. Es debida a su innata delicadeza femenina, que prefiere sensaciones etéreas... ¿O será que no le gusta comer gusanos? Todas las cerezas tienen gusanos. En cierta ocasión, hice un experimento muy interesante con un colega de la universidad. La apuesta era con cuatro libras de las mejores cerezas, y no encontramos ni un solo espécimen sin gusanos. ¿Qué quiere usted? Como le hice observar a mi amigo después, en suma se reduce a esto: si uno quiere satisfacer sus deseos naturales, ha de ser lo suficientemente fuerte para ignorar los hechos de la naturaleza. ¿No será esta conversación demasiado profunda para usted? Tengo tan pocas ocasiones de abrir mi corazón a una mujer, que fácilmente olvido con quién estoy hablando.

Le miré divertida.

—¡Vea esta qué gorda! —exclamó *Herr Professor*—, casi no se puede comer de un bocado. Es tan bonita, que merecía colgarla en la cadena del reloj como un dije. —Se comió la cereza y escupió el hueso a una distancia increíble; pasando por encima del caminillo del jardín, fue a caer en el macizo de flores. Vi que había quedado

muy satisfecho de su hazaña—. ¡Cuánta fruta he comido sentado en este banco! —suspiró—. Albaricoques, peras, cerezas. Un buen día ese macizo se va a convertir en un bosquecillo de árboles frutales. Le dejaré coger toda la fruta que quiera sin cobrarle nada.

Me mostré agradecida, pero sin exageración.

—Esto me hace recordar —añadió dándose un golpecito con el dedo a un largo de la nariz— que el gerente de la pensión me entregó esta tarde, después de la comida, la factura de la semana. Es casi imposible admitirlo. Ya sé que usted no lo va a creer. Me ha cargado extra un miserable vaso de leche que tomo en la cama por las noches para prevenir el insomnio. Por supuesto, no lo he pagado. Pero lo trágico del caso es que ahora no puedo esperar, ya que la leche me sirva de soporífero; mi apacible estado de ánimo respecto a ella ha quedado totalmente destruido. Me pondría malo solamente con intentar sondear ese abismo de avaricia en un hombre tan adinerado como el gerente de una pensión. Piense en mí esta noche, cuando deje caer somnolienta su cabeza en la almohada —él dejó caer al suelo la bolsa vacía y la pisó con los talones—, piense en mí, que estaré pasándolo muy mal.

Dos damas salieron a las gradas de la puerta de la pensión y permanecieron asidas del brazo mirando al jardín. Una de ellas, anciana y descarnada, llevaba un vestido cubierto casi totalmente con guarniciones de abalorios negros, y una bolsa de mano de satén. La otra, joven y esbelta, iba vestida de blanco, y llevaba unas flores color malva de guisante de olor adornando con gusto exquisito sus rubios cabellos.

El profesor recogió presuroso los pies, y se enderezó en el asiento estirándose el chaleco.

—Las Godowska —murmuró—. ¿Las conoce? La madre padece una enfermedad interna, y la hija es actriz. Fräulein Sonia tiene un alma muy moderna. Creo que le va a resultar muy simpática. Ahora ha de cuidar de su madre. Pero ¡qué temperamento! Una vez la describí en su álbum de autógrafos como una tigresa con una flor en el pelo. ¿Me dispensa usted? Si logro convencerlas, se las presentaré.

—Voy a ir a mi habitación —dije.

Pero el profesor se levantó y me amenazó en broma con el dedo.

—Mire —dijo—, somos amigos y por eso voy a hablarle con toda confianza. Creo que van a encontrar un poco «significativo» que usted se retire cuando ellas se acercan, sobre todo después de haber estado sentada a solas conmigo en la semioscuridad del crepúsculo. Ya sabe usted lo que es la gente. Sí, lo debe saber tan bien como yo.

Me encogí de hombros, observando de reojo que, mientras el profesor había estado hablando, las Godowska habían avanzado a través del césped hacia nosotros, quedando frente al profesor cuando se puso en pie.

—Buenas tardes —gorjeó *frau* Godowska—. Qué tiempo más admirable. Me ha hecho casi sentir la fiebre del heno.

Fräulein Godowska no dijo nada. Arrancó una rosa del huerto en cierne, y luego estrechó la mano de *Herr Professor* con gesto majestuoso.

Me presentó:

—Es la amiguita inglesa de quien les he hablado. Poco conocida en nuestros medios. Estuvimos comiendo cerezas juntos.

—¡Qué delicioso! —Suspiró *frau* Godowska—. Les estuvimos observando, mi hija y yo, desde la ventana de nuestra alcoba. ¿Verdad, Sonia?

Sonia absorbió mi forma visible y externa con una mirada intensa y espiritual. Luego repitió el gesto majestuoso en honor mío. Los cuatro nos sentamos en el banco con ese aire ligeramente inquieto de los pasajeros instalados en un coche de tren en espera de la señal de partida.

Frau Godowska estornudó.

—No sé si será la fiebre del heno —observó apresurándose a sacar el pañuelo de su bolsa de satén—, o quizá sea el relente. Sonia, hija mía, ¿hay relente?

Fräulein Sonia alzó el semblante hacia el cielo con los ojos semicerrados.

—No, mamá, no noto frío en el rostro. ¡Oh!, mire, *Herr Professor*, golondrinas en vuelo. Son como una pequeña bandada de pensamientos japoneses, ¿verdad?

—¿Dónde? —preguntó *Herr Professor*—. ¡Ah!, sí. Ya las veo, junto a la chimenea de la cocina. Pero ¿por qué

dice japoneses? ¿No podría compararlos con la misma exactitud a una pequeña bandada de alados pensamientos alemanes? —Y volviéndose hacia mí— ¿Hay golondrinas en Inglaterra?

—Creo que hay algunas en ciertas épocas del año. Pero sin duda no tienen el mismo valor simbólico para los ingleses. En Alemania...

—No he estado nunca en Inglaterra —me interrumpió *fräulein* Sonia—, pero tengo muchos amigos ingleses. Son tan fríos... —Al decirlo se estremeció.

—Sangre de pez —estalló *frau* Godowska—. Sin alma, sin gracia, sin corazón. Pero no hay quien iguale sus géneros para vestir. Hace veinte años que pasé una semana en Brighton, y la gorra de viaje que compré allí aún no se ha gastado. Sonia, es esa con que envuelves la botella del agua caliente. Mi llorado esposo, tu padre, Sonia, sabía muchas cosas de Inglaterra. Pero cuanto más la conocía más me hacía observar: «Inglaterra no es sino una isla de carne de vaca nadando en un templado golfo de salsa». ¡Qué manera más ocurrente de decir las cosas! ¿Lo recuerdas, Sonia?

—No olvido nada de lo que oigo, mamá —repuso esta.

—Eso es una prueba de su vocación, *Adige Frau* —dijo *Herr Professor*—. Pero yo me pregunto, y esto es una interesantísima especulación: la memoria, ¿es un bien o (excuse la palabra) una maldición?

Frau Godowska tenía la mirada perdida en la lejanía, pero las comisuras de su boca se contrajeron hacia abajo y su piel se arrugó. Se había puesto a llorar.

—¡*Ach Gott*! Bueno, señora, ¿qué es lo que he dicho? —exclamó *Herr Professor*.

Sonia tomó la mano de su madre.

—¿Sabe usted? —dijo—. Esta noche hay en la cena zanahoria en dulce y tarta de nueces. ¿Quieren que entremos a ocupar nuestros sitios? —Mientras su mirada oblicua y trágica nos acusaba al profesor y a mí.

Los seguí por el césped y subimos las gradas. *Frau* Godowska iba murmurando:

—Un hombre tan admirado, tan querido...

Con su mano libre, *Fräulein* Godowska se arreglaba la *garniture* de guisantes de olor.

«A las ocho treinta de la noche, velada en el salón a beneficio de los niños católicos desamparados. Artistas: *Fräulein* Sonia Godowska, de Viena, *Herr Professor* Windberg, con su trombón, *frau Oberlehrer* Weidel y otros».

Este aviso fue colgado del cuello de una melancólica cabeza de ciervo colocada en el comedor. Le caía como un babero rojo y blanco, lo que hizo que, en los días precedentes al acontecimiento, el profesor, siempre que pasaba, le hiciera reverencias, deseándole buen apetito. Hasta que nos cansamos de la gracia y dejamos que se la celebrara el camarero, ya que él cobraba por ser complaciente con los huéspedes.

El día señalado, las damas casadas surcaban la pensión ataviadas como sillones tapizados, y las solteras como los faldellines de cretona de una mesita tocador. *Frau* Godowska prendió en el centro de su bolso una rosa, y puso otro capullo semioculto entre los intrincados pliegues del blanco antimacasar que cruzaba su seno. Los caballeros llevaban ropas negras, corbata de seda

blanca y ramitas de helecho en el ojal de las solapas, que les cosquilleaban el mentón.

El piso fue encerado de nuevo, se dispusieron bancos y sillas y se prendió del techo una hilera de banderitas ensartadas en un hilo que con las corrientes de aire flameaban con todo el entusiasmo de un día de colada familiar.

Quedó convenido que yo me sentaría al lado de *Frau* Godowska y que *Herr Professor* y Sonia se nos unirían después de ejecutar sus números en la velada.

—Eso le hará sentirse como si fuera uno de los ejecutantes —decía el profesor jovialmente—. Es una lástima que Inglaterra no sea un país de músicos. Pero no importa. Esta noche va a oír algo bueno. Durante los ensayos hemos descubierto una nidada de talentos.

—¿Y qué piensa usted recitar, *fräulein* Sonia?

Se alisó el cabello hacia atrás.

—No lo sé. Nunca hasta el último momento. Cuando salgo a escena, me quedo recogida unos instantes y

entonces tengo la sensación de que algo me hiere aquí —colocó la mano sobre el broche de su collar—, entonces las palabras acuden.

—Sonia, amor mío, agáchate un poco —Le dijo en voz baja su madre—. Se te está viendo el imperdible de la falda por detrás. ¿Quieres que salgamos fuera un momento para arreglártelo, o te lo arreglas tú misma?

Sonia se ruborizó y se enfadó mucho.

—¡Ay, mamá!, no digas esas cosas. Ya sabes lo sensible que soy para las más leves impresiones de incomprensión en circunstancias como esta. Preferiría que se me resbalara la falda hasta el suelo.

—¡Sonia, corazón mío!

Tintineó una campanilla.

El camarero entró a abrir el piano y con el azoramiento de aquel instante sacudió las teclas con una espantosa servilleta que llevaba bajo el brazo, sin darse cuenta de que no era aquello lo más apropiado. *Frau oberlehrer* subió a la tarima seguida de un caballero muy joven

que se sonó dos veces antes de arrojar su pañuelo a las profundidades del piano.

«Sí, sé que tú no tienes amor por mí.
Y no tienes *nomeolvides*.
Ni amor ni corazón ni *nomeolvides*».

Cantó *frau oberlehrer* con una voz que parecía venir de su olvidado túmulo y que no le pertenecía.

—¡*Ach*! ¡Qué dulce! ¡Qué delicado! —exclamamos, aplaudiendo cordialmente.

Ella saludó como diciendo: «¿Verdad que sí?, y se retiraron. El caballerito sorteó la cola de ella con cara de mal genio.

Se cerró el piano y en el centro del entarimado colocaron un sillón. *Fräulein* Sonia se desplazó hacia él. Silencio sensacional. Entonces es probable que la alada saeta hiriera el broche de su cuello. Nos suplicó que no fuésemos al bosque en ropa de excursión, sino tan levemente vestidos como posible fuera, y que nos acostáramos a su lado en lecho de agujas de pino. Su voz fuerte, levemente áspera, llenó toda la sala. Apoyando los

brazos en el respaldo del sillón, movía solo las muñecas. Estábamos estremecidos y silenciosos. A mi lado, *Herr Professor*, anormalmente serio y con los ojos saltones, se tiraba de las guías del bigote. *Frau* Godowska adoptó esa actitud peculiar de despego de los padres que están orgullosos de sus hijos. La única alma que no respondió a la llamada, fue la del camarero. Recostado ocioso contra el muro del salón, se limpiaba las uñas con el filo del programa, haciendo ver que no estaba de servicio.

—¿Qué le parece? —me gritó *Herr Professor* al amparo de una tumultuosa salva de aplausos—. ¡Temperamental! Ahí la tiene. Es una llama en el corazón de una azucena. Siento que voy a tocar bien. Ahora me corresponde a mí. Estoy inspirado. *Fräulein* Sonia —añadió cuando la dama volvió donde nosotros estábamos, pálida y envuelta en su largo chal—, usted es mi inspiración. Esta noche será el alma de mi trombón. Va usted a ver.

A nuestra derecha y a nuestra izquierda la gente se inclinaba para susurrar en la nuca de Fräulein Sonia su admiración. Ella saludaba con el mejor de los estilos.

—Siempre tengo éxito —me dijo—. Fíjese, actuando soy yo de verdad. En Viena, cuando interpretaba a Ibsen,

me junté con tantos ramos de flores, que hasta el cocinero tenía tres en su cuarto. Pero aquí es difícil. Falta magia. ¿No se da cuenta? No hay ese misterioso perfume que emana, casi como una cosa visible, del alma del público vienés. Mi espíritu desfallece por falta de él.

Se inclinó hacia delante apoyando la barbilla en la mano.

—Desfallece —repitió.

El profesor apareció con el trombón, sopló en él, se lo acercó a un ojo, se remangó los puños de la camisa y se revolcó en el alma de Sonia Godowska. Causó tal sensación, que fue llamado de nuevo para tocar una danza bávara, que él mismo reconoció debió ser tomada como un ejercicio de gimnasia respiratoria más bien que como realización artística. Frau Godowska llevó el compás con el abanico.

A continuación, el caballerete vociferó en voz de tenor que amaba a alguien «con sangre en el corazón y mil congojas». Fräulein Sonia representó una escena de envenenamiento con la colaboración de un frasco de píldoras de su madre, siendo remplazado el sillón por

una *chaise longue*. Una joven rascó algo arrullador en un violín poco maduro y *Herr Professor* realizó el postrer rito expiratorio en el altar de las criaturas desamparadas tocando el himno nacional.

—Ahora tengo que acostar a mamá —murmuró *fräulein* Sonia—. Pero después daré un paseo. Es indispensable que deje un momento en libertad a mi espíritu. ¿Por qué no viene conmigo a dar una vuelta hasta la estación?

—Bien. Llame a la puerta de mi cuarto cuando esté lista.

Así, el alma moderna y yo nos encontramos juntas bajo las estrellas.

—¡Qué noche! —dijo—. ¿Conoce aquel poema de Safo donde habla del reflejo de sus manos en las estrellas? Soy curiosamente sáfica. Y lo más notable es que, no solo soy sáfica, sino que en todas las obras de todos los grandes escritores, y especialmente en sus cartas inéditas, encuentro algún toque, algún indicio de mí, alguna semejanza, algún trozo de mí misma, como un millar de reflexiones de mis propias manos en un negro espejo.

—¡Qué cosa más molesta! —exclamé.

—No sé qué entiende usted por molestia. Es más bien la maldición de mi genio.

De pronto, se interrumpió mirándome fijamente:

—¿Conoce usted mi tragedia?

Moví negativamente la cabeza.

—Mi tragedia es mi madre. Viviendo con ella, vivo dentro del féretro de mis abortadas aspiraciones. Oiría lo del imperdible de esta noche. Puede parecerle insignificante, pero estropeó mis tres primeros ademanes. Fueron...

—¡Empalados en su imperdible! —sugerí.

—Exacto. Y cuando estamos en Viena, soy víctima de las formas, ¿comprende? Me perezco por lo selvático y por las cosas apasionadas, pero mami dice: «Haz el favor de preparar primero la medicina». Recuerdo que una vez me enfurecí y arrojé la jarra del lavabo por la ventana. ¿Sabe lo que me dijo? «Sonia, no me opongo a que tires las cosas por la ventana con tal de que...».

—¿De que escogiese algo más pequeño? —sugerí.

—No... «con tal de que me lo adviertas antes». Humillante. Y no veo ninguna posibilidad de luz en esta obscuridad.

—¿Por qué no se incorpora a una compañía en *tournée* y deja en Viena a su madre?

—¿Cómo? ¿Dejar a mi pobre madrecita enferma y viuda en Viena? Antes de eso me mataría. Amo a mi madre como a nadie en el mundo, como a nadie y a nada. ¿Cree posible que ame uno a su propia tragedia? «De mis grandes sufrimientos saco mis pequeñas canciones», ¿se trata de Heine o de mí?

—Ah —dije alegremente—, pues eso está muy bien.

—¿Cómo va a estar bien?

Sugerí que podíamos dar la vuelta. Regresamos.

—A veces pienso que la solución está en el matrimonio —dijo *fräulein* Sonia—. Si yo encontrara un hombre modesto, apacible, que me adorase y cuidase de mi

mamá, un hombre que pudiera ser como un almohadón para mí, ya que el genio no puede esperar hallar su pareja, entonces me casaría. Se habrá fijado en que el profesor tiene conmigo atenciones muy señaladas.

—¡Oiga, *fräulein* Sonia! —dije muy complacida de mi idea—, ¿por qué no casa al profesor con su mamá?

Cruzábamos ante una peluquería y *fräulein* Sonia me asió del brazo.

—¡Oh! —balbuceó—. ¡Qué crueldad! Me voy a desmayar. ¡Casarse mi mamá antes que yo! ¡Qué indignidad! Me voy a desmayar.

Y ahora mismo. Yo estaba asustada.

—No puede usted hacer eso —Le dije sacudiéndola—. Vamos a la pensión y allí se desmaya todo lo que quiera. Pero aquí no; están cerradas todas las tiendas y no se ve a nadie. No sea boba, por favor.

—Aquí y nada más que aquí —dijo indicando el sitio exacto, y, dejándose caer bonitamente, quedó tendida e inmóvil.

—Muy bien —dije—. Desmáyese, pero hágalo de prisa.

Ella no hizo el menor movimiento. Inicié el regreso, y aunque de vez en cuando volvía la cabeza siempre veía el obscuro bulto del alma moderna tendido ante el escaparate de la peluquería. Por último, corrí y arranqué de su habitación a *Herr Professor.*

—Fräulein Sonia se ha desmayado —dije enfadada.

—¡Dios mío! ¿Dónde? ¿Cómo?

—Ante la peluquería del paseo de la estación.

—¡Jesús, María y José! ¿No había agua por allí? —Cogió una cantimplora—, ¿ni nadie atendiéndola?

—Nadie.

—¿Dónde está mi abrigo? No me importa coger un resfriado al pecho. Lo cogeré con gusto... ¿Está preparada para venir conmigo?

—No —dije—, que le acompañe el camarero.

—Pero ha de ser una mujer. No soy tan grosero como para tratar de desabrocharle el corsé...

—Las almas modernas no usan corsé —dije.

Salió corriendo y oí sus pasos que hacían retemblar la escalera.

Cuando bajé a la mañana siguiente para almorzar, hallé dos sitios vacíos. *Fräulein* Sonia y *Herr Professor* habían salido a hacer una excursión por el bosque.

Me sorprendí.

LA MOSCA

—Pues sí que está usted cómodo aquí —dijo el viejo señor Woodifield con su voz de flauta. Miraba desde el fondo del gran butacón de cuero verde, junto a la mesa de su amigo, el jefe, como lo haría un bebé desde su cochecito. Su conversación había terminado; ya era hora de marchar. Pero no quería irse. Desde que se había retirado, desde su… apoplejía, la mujer y las chicas lo tenían encerrado en casa todos los días de la semana excepto los martes. El martes lo vestían y lo cepillaban, y lo dejaban volver a la ciudad a pasar el día. Aunque, la verdad, la mujer y las hijas no podían imaginarse qué hacía allí. Suponían que incordiar a los amigos… Bueno, es posible. Sin embargo, nos aferramos a nuestros últimos placeres como se aferra el árbol a sus últimas hojas. De manera que ahí estaba el viejo Woodifield, fumándose un puro y observando casi con avidez al jefe, que se arrellanaba en su sillón, corpulento, rosado, cinco años mayor que él y todavía en plena forma, todavía llevando el timón. Daba gusto verlo.

Con melancolía, con admiración, la vieja voz añadió:

—Se está cómodo aquí, ¡palabra que sí!

—Sí, es bastante cómodo —Asintió el jefe mientras pasaba las hojas del *Financial Times* con un abrecartas.

De hecho estaba orgulloso de su despacho; le gustaba que se lo admiraran, sobre todo si el admirador era el viejo Woodifield. Le infundía un sentimiento de satisfacción sólida y profunda estar plantado ahí en medio, bien a la vista de aquella figura frágil, de aquel anciano envuelto en una bufanda.

—Lo he renovado hace poco —explicó, como lo había explicado durante las últimas, ¿cuántas?, semanas—. Alfombra nueva —y señaló la alfombra de un rojo vivo con un dibujo de grandes aros blancos—. Muebles nuevos —y apuntaba con la cabeza hacia la sólida estantería y la mesa con patas como de caramelo retorcido—. ¡Calefacción eléctrica! —con ademanes casi eufóricos indicó las cinco salchichas transparentes y anacaradas que tan suavemente refulgían en la placa inclinada de cobre.

Pero no señaló al viejo Woodifield la fotografía que había sobre la mesa. Era el retrato de un muchacho serio, vestido de uniforme, que estaba de pie en uno de esos parques espectrales de estudio fotográfico, con un fondo de nubarrones tormentosos. No era nueva. Estaba ahí desde hacía más de seis años.

—Había algo que quería decirle —dijo el viejo Woodifield, y los ojos se le nublaban al recordar—. ¿Qué era? Lo tenía en la cabeza cuando salí de casa esta mañana. —Las manos le empezaron a temblar y unas manchas rojizas aparecieron por encima de su barba.

Pobre hombre, está en las últimas, pensó el jefe. Y sintiéndose bondadoso, le guiñó el ojo al viejo y dijo bromeando:

—Ya sé. Tengo aquí unas gotas de algo que le sentará bien antes de salir otra vez al frío. Es una maravilla. No le haría daño ni a un niño.

Extrajo una llave de la cadena de su reloj, abrió un armario en la parte baja de su escritorio y sacó una botella oscura y rechoncha.

—Esta es la medicina —exclamó—. Y el hombre de quien la adquirí me dijo en el más estricto secreto que procedía directamente de las bodegas del castillo de Windsor.

Al viejo Woodifield se le abrió la boca cuando lo vio. Su cara no hubiese expresado mayor asombro si el jefe hubiera sacado un conejo.

—¿Es *whisky*, no? —dijo débilmente.

El jefe giró la botella y cariñosamente le enseñó la etiqueta. En efecto, era *whisky*.

—Sabe —dijo el viejo, mirando al jefe con admiración—, en casa no me dejan ni tocarlo-. Y parecía que iba a echarse a llorar.

—Ah, ahí es donde nosotros sabemos un poco más que las señoras —dijo el jefe, doblándose como un junco sobre la mesa para alcanzar dos vasos que estaban junto a la botella del agua, y sirviendo un generoso dedo en cada uno—. Bébaselo, le sentará bien. Y no le ponga agua. Sería un sacrilegio estropear algo así. ¡Ah! —Se tomó el suyo de un trago; luego se sacó el pañuelo, se secó apresuradamente los bigotes y le hizo un guiño al viejo Woodifield, que aún saboreaba el suyo.

El viejo tragó, permaneció silencioso un momento, y luego dijo débilmente:

—¡Qué fuerte!

Pero lo reconfortó; subió poco a poco hasta su entumecido cerebro… y recordó.

—Eso era —dijo, levantándose con esfuerzo de la butaca—. Supuse que le gustaría saberlo. Las chicas estuvieron en Bélgica la semana pasada para ver la tumba del pobre Reggie, y dio la casualidad que pasaron por delante de la de su chico. Por lo visto quedan bastante cerca la una de la otra.

El viejo Woodifield hizo una pausa, pero el jefe no contestó. Solo un ligero temblor en el párpado demostró que estaba escuchando.

—Las chicas estaban encantadas de lo bien cuidado que está todo aquello —dijo la vieja voz—. Lo tienen muy bonito. No estaría mejor si estuvieran en casa. ¿Usted no ha estado nunca, verdad?

—¡No, no! —Por varias razones el jefe no había ido.

—Hay kilómetros enteros de tumbas —dijo con voz trémula el viejo Woodifield— y todo está tan bien cuidado que parece un jardín. Todas las tumbas tienen flores. Y los caminos son muy anchos. —Por su voz se notaba cuánto le gustaban los caminos anchos.

Hubo otro silencio. Luego el anciano se animó sobremanera.

—¿Sabe usted lo que les hicieron pagar a las chicas en el hotel por un bote de confitura? —dijo—. ¡Diez francos! A eso yo le llamo un robo. Dice Gertrude que era un bote pequeño, no más grande que una moneda de media corona. No había tomado más que una cucharada y le cobraron diez francos. Gertrude se llevó el bote para darles una lección. Hizo bien; eso es querer hacer negocio con nuestros sentimientos. Piensan que porque hemos ido allí a echar una ojeada estamos dispuestos a pagar cualquier precio por las cosas. Eso es. —Y se volvió, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Tiene razón, tiene razón! —dijo el jefe. Aunque en realidad no tenía idea de sobre qué tenía razón. Dio la vuelta a su escritorio y siguiendo los pasos lentos del viejo lo acompañó hasta la puerta y se despidió de él. Woodifield se había marchado.

Durante un largo momento el jefe permaneció allí, con la mirada perdida, mientras el ordenanza de pelo canoso, que lo estaba observando, entraba y salía de su garita como un perro que espera que lo saquen a pasear.

De pronto:

—No veré a nadie durante media hora, Macey —dijo el jefe—. ¿Ha entendido? A nadie en absoluto.

—Bien, señor.

La puerta se cerró, los pasos pesados y firmes volvieron a cruzar la alfombra chillona, el fornido cuerpo se dejó caer en el sillón de muelles y echándose hacia delante, el jefe se cubrió la cara con las manos. Quería, se había propuesto, había dispuesto que iba a llorar…

Le había causado una tremenda conmoción el comentario del viejo Woodifield sobre la sepultura del muchacho. Fue exactamente como si la tierra se hubiera abierto y lo hubiera visto allí tumbado, con las chicas de Woodifield mirándolo. Porque era extraño. Aunque habían pasado más de seis años, el jefe nunca había pensado en el muchacho excepto como un cuerpo que yacía sin cambio, sin mancha, uniformado, dormido para siempre. «¡Mi hijo!», gimió el jefe. Pero las lágrimas todavía no acudían. Antes, durante los primeros meses, incluso durante los primeros años después de su muerte, bastaba con pronunciar esas palabras para que

lo invadiera una pena inmensa que solo un violento episodio de llanto podía aliviar. El paso del tiempo, había afirmado entonces, y así lo había asegurado a todo el mundo, nunca cambiaría nada. Puede que otros hombres se recuperaran, puede que otros lograran aceptar su pérdida, pero él no. ¿Cómo iba a ser posible? Su muchacho era hijo único. Desde su nacimiento el jefe se había dedicado a levantar este negocio para él; no tenía sentido alguno si no era para el muchacho. La vida misma había llegado a no tener ningún otro sentido. ¿Cómo diablos hubiera podido trabajar como un esclavo, sacrificarse y seguir adelante durante todos aquellos años sin tener siempre presente la promesa de ver a su hijo ocupando su sillón y continuando donde él había abandonado?

Y esa promesa había estado tan cerca de cumplirse. El chico había estado en la oficina aprendiendo el oficio durante un año antes de la guerra. Cada mañana habían salido de casa juntos; habían regresado en el mismo tren. ¡Y qué felicitaciones había recibido por ser su padre! No era de extrañar; se desenvolvía maravillosamente. En cuanto a su popularidad con el personal, todos los empleados, hasta el viejo Macey, no se cansaban de

alabarlo. Y no era en absoluto un mimado. No, él siempre con su carácter despierto y natural, con la palabra adecuada para cada persona, con aquel aire juvenil y su costumbre de decir: «¡Sencillamente espléndido!».

Pero todo eso había terminado, como si nunca hubiera existido. Había llegado el día en que Macey le había entregado el telegrama con el que todo su mundo se había venido abajo. «Sentimos profundamente informarle que…». Y había abandonado la oficina destrozado, con su vida en ruinas.

Hacía seis años, seis años… ¡Qué rápido pasaba el tiempo! Parecía que había sido ayer. El jefe retiró las manos de la cara; se sentía confuso. Algo parecía que no funcionaba. No estaba sintiéndose como quería sentirse. Decidió levantarse y mirar la foto del chico. Pero no era una de sus fotografías favoritas; la expresión no era natural. Era fría, casi severa. El chico nunca había sido así.

En aquel momento, el jefe se dio cuenta de que una mosca se había caído en el gran tintero y estaba intentando infructuosamente, pero con desesperación, salir de él. ¡Socorro, socorro!, decían aquellas patas mientras forcejeaban. Pero los lados del tintero estaban

mojados y resbaladizos; volvió a caerse y empezó a nadar. El jefe tomó una pluma, extrajo la mosca de la tinta y la depositó con una sacudida en un pedazo de papel secante. Durante una fracción de segundo se quedó quieta sobre la mancha oscura que rezumaba a su alrededor. Después las patas delanteras se agitaron, se afianzaron y, levantando su cuerpecillo empapado, empezó la inmensa tarea de limpiarse la tinta de las alas. Por encima y por debajo, por encima y por debajo pasaba la pata por el ala, como lo hace la piedra de afilar por la guadaña. Luego hubo una pausa mientras la mosca, aparentemente de puntillas, intentaba abrir primero un ala y luego la otra. Por fin lo consiguió, se sentó y empezó, como un diminuto gato, a limpiarse la cara. Ahora uno podía imaginarse que las patitas delanteras se restregaban con facilidad, alegremente. El horrible peligro había pasado; había escapado; estaba preparada de nuevo para la vida.

Pero justo entonces el jefe tuvo una idea. Hundió otra vez la pluma en el tintero, apoyó su gruesa muñeca en el secante y mientras la mosca probaba sus alas, una enorme gota cayó sobre ella. ¿Cómo reaccionaría? ¡Buena pregunta! La pobre criatura parecía estar absolutamente

acobardada, paralizada, temiendo moverse por lo que pudiera acontecer después. Pero entonces, como dolorida, se arrastró hacia delante. Las patas delanteras se agitaron, se afianzaron y, esta vez más lentamente, reanudó la tarea desde el principio.

Es un diablillo valiente —pensó el jefe— y sintió verdadera admiración por el coraje de la mosca. Así era como se debían de acometer los asuntos; esa era la actitud. Nunca te dejes vencer; solo era cuestión de… Pero una vez más la mosca había terminado su laboriosa tarea y al jefe casi le faltó tiempo para recargar la pluma, y descargar otra vez la gota oscura de lleno sobre el recién aseado cuerpo. ¿Qué pasaría esta vez? Siguió un doloroso instante de incertidumbre. Pero ¡atención!, las patitas delanteras volvían a moverse; el jefe sintió una oleada de alivio. Se inclinó sobre la mosca y le dijo con ternura: «Ah, astuta cabroncita». Incluso se le ocurrió la brillante idea de soplar sobre ella para ayudarla en el proceso de secado. Pero a pesar de todo, ahora había algo de tímido y débil en sus esfuerzos, y el jefe decidió que esta tendría que ser la última vez, mientras hundía la pluma hasta lo más profundo del tintero.

Lo fue. La última gota cayó en el empapado secante y la extenuada mosca quedó tendida en ella y no se movió. Las patas traseras estaban pegadas al cuerpo; las delanteras no se veían.

—Vamos —dijo el jefe—. ¡Espabila! —Y la removió con la pluma, pero en vano. No pasó nada ni pasaría. La mosca estaba muerta.

El jefe levantó el cadáver con la punta del abrecartas y lo arrojó a la papelera. Pero lo invadió un sentimiento de desdicha tan agobiante que verdaderamente se asustó. Se inclinó hacia delante y tocó el timbre para llamar a Macey.

—Tráigame un secante limpio —dijo con severidad— y dese prisa. —Y mientras el viejo perro se alejaba con un paso silencioso, empezó a preguntarse en qué había estado pensando antes. ¿Qué era? Era… Sacó el pañuelo y se lo pasó por delante del cuello de la camisa. Aunque se le fuera la vida en ello no se podía acordar.

LA MUJER DEL ALMACÉN

Durante todo el día hizo un calor terrible. El suelo levantaba un viento cálido, que silbaba entre los montecillos de hierba y se arrastraba por todo el camino, empujando. El blanco polvo calcáreo se elevaba en remolinos, impulsado por el viento, envolviéndonos la cara y posándose sobre nuestros cuerpos como otra piel reseca e irritante. Los caballos iban con paso lento, resoplando. El que llevaba la carga estaba enfermo, con una gran llaga abierta que hería su vientre. De vez en cuando se detenía en seco, giraba la cabeza para mirarnos, como a punto de llorar, ¿relinchando? Cientos de alondras gemían en el aire. El cielo se había teñido de un color brilloso y los gemidos de las alondras me parecieron los que hacía la tiza al escribir en un pizarrón. Se veía solo una extensión de manojos de hierba, una fila tras otra de montones de hierba, con alguna flor púrpura perdida o zarzas secas cubiertas de telarañas densas.

Jo cabalgaba adelante. Llevaba una camisa azul de tela gruesa, pantalones de pana y botas altas de montar. Un pañuelo blanco con lunares rojos —parecía que acababa de limpiarse la sangre de las narices— le rodeaba el cuello. Bajo las alas anchas de su sombrero se veían mechones de cabellos blancos; sus cejas y el bigote estaban cubiertos

de polvo. Jo cabalgaba balanceándose muy suelto sobre la silla y se quejaba de tanto en tanto. Ni una sola vez en el día cantó aquello que decía:

«No me interesa, porque verás, tengo a mi suegra siempre delante».

Era el primer día, luego de un mes de estar juntos, en que no le habíamos oído canturrear aquella canción. Su silencio nos ponía melancólicos. Jim iba junto a mí, blanco de polvo, de la cabeza a los pies. Su rostro parecía el de un payaso y sus ojos negros brillaban más que nunca en esa máscara empolvada; a cada rato, sacaba la lengua para humedecerse los labios. Su chaqueta corta, de tela gruesa de algodón y los pantalones azules, sostenidos por un cinturón muy ancho, mostraban su color ante los huecos abiertos en la capa de polvo. Apenas si habíamos cruzado algunas palabras desde el amanecer.

A mediodía nos detuvimos junto al borde barroso de un arroyo para almorzar galletas duras y duraznos.

—Tengo el estómago como buche de gallina —dijo Jo—. Veamos, Jim, tú que eres el guía de nuestro grupo, ¿dónde diablos está ese almacén del que siempre nos

hablas? «Por supuesto», nos dices, «yo conozco un buen almacén, con sus troncos gruesos para atar los caballos y una pradera verde bordeada por un arroyo. Su dueño es un buen amigo mío», nos has dicho, «un tipo correcto que te ofrece un trago de *whisky* y luego te da la mano». Me gustaría ver ese almacén, Jim, aunque solo fuera para calmar mi curiosidad. No quiero decir con eso que dude de tu palabra, tú lo sabes muy bien, pero…

Jim se echó a reír.

—No olvides que en el almacén hay una mujer, Jo; una hermosa mujer de ojos azules y cabello rubio como el oro, que te ofrece algo mejor que el *whisky* antes de estrecharte la mano. Métete eso en la cabeza y no lo olvides.

—El calor te debilita la cabeza —comentó Jo, subiendo al caballo. Clavó las espuelas en los ijares y nosotros lo seguimos unos metros más atrás. A poco de andar me quedé medio dormida sobre la silla y, entre sueños, tuve la desagradable sensación de que todos los caballos se detenían. De pronto, me vi encima de un caballito de madera y mi madre, que se hallaba detrás de mí, me retaba por levantar tanto polvo de la alfombra. «La has

gastado tanto que sus hermosos dibujos desaparecieron», me decía y se abalanzó sobre mí para darme un golpe en los riñones. Empecé a llorar en voz baja y me desperté asustada y encontré a Jim inclinado sobre mí, sonriendo con malicia.

—Esa sí que es buena —me dijo—. Acabo de sorprenderte. ¿Qué te sucede? ¿En qué mundo andabas?

—Ninguno —Le respondí con énfasis, alzando la cabeza—. ¡Gracias a Dios, por fin llegamos a alguna parte!

Estábamos al pie de la colina y, más abajo, se veía un techo de chapa acanalada. Ocupaba el centro de un amplio jardín, distanciado del camino. A su alrededor, una pradera verde se extendía con un arroyo zigzagueante. El paraje estaba aislado por una cantidad de sauces jóvenes. Por la chimenea, ascendía recto un hilillo de humo azul, asomando por un rincón del techo. Mientras observaba la forma de aquel cobertizo vi salir a una mujer seguida por una niña y un perro ovejero. La mujer parecía llevar en la mano una larga vara negra. Nos había visto y estaba haciéndonos alguna seña. Los caballos soltaron un prolongado y sonoro resoplido final.

Jo se quitó el ancho sombrero, dio un grito, sacó pecho y empezó a cantar aquello de «no me interesa, porque ya ves…». De repente, el sol reapareció entre las nubes pálidas e iluminó con brillosos resplandores aquella escena. Uno de los rayos acentuó el cabello rubio de la mujer, resplandeció el delantal agitado por el viento y brilló también el rifle que llevaba en la mano. La chiquilla se escondió detrás de su madre, y el perro ovejero, de pelaje blanco y sucio, regresó trotando al cobertizo, con la cola entre las patas. Tiramos de las riendas, los caballos se detuvieron en seco y desmontamos.

—¡Hola! —gritó la mujer—. Creía que eran tres buitres. Mi chica llegó corriendo, azorada. «Mamá», me dijo, «vienen bajando por la colina tres cosas grises». Yo me preparé para recibirlas, estén seguros de eso. «Tienen que ser buitres», le respondí a la chica. No saben la cantidad de buitres que hay por aquí.

La niña nos dirigió la mirada con uno de sus ojos, por detrás de las faldas de su madre, y se ocultó de nuevo.

—¿Dónde está su hombre? —preguntó Jim.

La mujer parpadeó rápidamente, se pasó una mano por la boca y giró la cabeza para observarnos.

—Se fue a la esquila —nos dijo, demorando su respuesta—. Hace casi un mes que anda fuera. Supongo que no permanecerán aquí, ¿verdad? Una tormenta se avecina.

—No se intranquilice, pero nos quedamos —afirmó Jo—. ¿De modo que está sola, señora?

Permaneció quieta, con la cabeza gacha y empezó a acomodar los pliegues del delantal. Luego nos miró de reojo, uno a uno, con una expresión de pajarito hambriento. Me sonreí al pensar en la burla que le había hecho Jim a Jo, hablándole siempre sobre aquella hermosa mujer del almacén. Cierto era que ella tenía los ojos azules y el poco pelo que le quedaba era rubio como el oro viejo, pero no era bonita. Su figura tenía un aspecto ridículo que daba lástima. Al observarla, se tenía la impresión de que bajo su blanco delantal, solo había palos y alambres retorcidos. Los dientes de delante le faltaban, sus manos largas, agrietadas y enrojecidas, le colgaban inútiles de los brazos y llevaba un par de botas de hombre arrugadas, cubiertas de polvo.

—Voy a soltar los caballos en el prado —dijo Jim—. ¿No tiene por casualidad algún linimento? El pobre Poi tiene una llaga hecha un demonio.

—¡Un momento! —gritó la mujer con algo de histérica. Se quedó en silencio, mirándonos, llena de ira: las narices se le dilataron, temblándole al respirar. Y volvió a gritar con el mismo tono chillón—. Es mejor que no se detengan. Váyanse y se acabó. No quiero que los caballos pasten en mi prado. Tienen que irse; no tengo nada para ofrecerles.

—¡Vaya, que me cuelguen! —dijo Jo sorprendido. Me apartó hacia un costado—. El diablo salió de su cuerpo —murmuró—. Será porque hace tiempo que está sola. Si la tratamos con respeto, volverá a la coherencia.

Pero no fue necesario poner en práctica la propuesta. La mujer había vuelto a sus cabales por sí sola.

—Quédense, si quieren —nos dijo de mala gana, encogiendo los hombros. Luego giró y me dijo—: Si viene conmigo, le daré el linimento para el caballo.

—Muy bien, yo se los llevaré después al prado.

Seguí por el largo sendero que atravesaba el jardín. A ambos lados había plantado repollos y tal vez por eso el lugar olía a agua podrida. También había flores: una fila de amapolas dobles y toda una plantación de arvejillas de olor. Me llamó la atención una porción de tierra removida en medio de las flores, señalada por hileras de conchas y caracoles. Al rato advertí que aquel terreno pertenecía a la niña, porque al pasar frente a él se desprendió de las faldas de su madre y corrió para escarbar esa porción de tierra con una percha rota. El perro atravesaba el umbral de la puerta, matando las pulgas a mordiscos. La mujer lo apartó de nuestro camino, de una patada.

—¡Eh, fuera de aquí, bestia inmunda…! La casa está desordenada. No tuve tiempo de arreglarla… Estuve planchando. ¡Adelante!

La «casa» era tan solo una habitación amplia cuyas paredes estaban empapeladas con las hojas de viejos diarios londinenses. A primera vista, me pareció que el número más actual era de la época del jubileo de la reina Victoria. Había una mesa con una tabla de planchar, un cubo de agua, algunos recipientes de madera, un diván desarmado con un forro de crin negro y varias sillas de

cañas rotas y apoyadas contra la pared para que no se cayeran. La repisa que se hallaba encima de la estufa estaba adornada con papel encarnado, flores, tallos y hojas secas en floreros cubiertos de polvo y con una imitación de Richard Seddon en colores. Había cuatro puertas: una, por el olor, parecía dar al almacén; la otra, seguramente al patio trasero; en la tercera, que estaba entreabierta, se podía ver una cama. Las moscas, volando en bandada, zumbaban contra el cielo raso. Y sobre las cortinas de la única ventana tenía adheridos papeles matamoscas y un montón de tréboles secos.

De repente, me encontré sola en la amplia habitación. La mujer se había ido al almacén a buscar el linimento. Oía sus pasos recios y sus murmullos groseros. Hablaba sola, se preguntaba y se respondía: «Tengo linimento», decía. «¿Dónde habré puesto la botella? Estará detrás del frasco de los pepinillos… No está». Desocupé un rincón sobre la mesa para sentarme allí, balanceando las piernas. Oía la lejana voz de Jo, cantando en el prado y los golpes del martillo de Jim clavando las estacas para afirmar la tienda de campaña. Era el momento del crepúsculo. En Nueva Zelanda los días no gozan de la penumbra del poniente: tienen una media hora de luz extraña y siniestra,

donde todo es grotesco, deforme y espantoso, como si el alma salvaje del país emergiera de repente sobre antiguos poderes y renegara de lo que contemplaba. Al verme sola en la gran habitación, iluminada por la escabrosa luz del poniente neocelandés, sentí miedo. Aquella mujer tardaba demasiado en encontrar el linimento. ¿Qué estaría haciendo allí dentro? Me pareció que la había oído golpear con las manos alguna mesa y la escuché quejarse otra vez, luego toser y limpiarse la garganta. Tuve deseos de gritar que regresara, pero me contuve y esperé en silencio. «¡Qué vida atroz, Dios mío!», pensaba yo. «¿Cómo será eso de compartir un día tras otro, con esa niña roñosa y el perro sucio siempre cerca? ¿Qué será eso de planchar aquí y de…? ¡Loca! ¡Claro que está loca! Quisiera saber hace cuánto tiempo que vive aquí. Quisiera que me hablara…».

En ese preciso momento, la mujer asomó su largo perfil por la puerta.

—¿Qué era lo que querían? —me preguntó.

—Linimento.

—¡Ah, me había olvidado! Ya lo encontré. Estaba junto al frasco de pepinillos —Al decir esto, me alargó la

botella—. Se la ve nerviosa —agregó—. Le voy a preparar unos panecillos dulces para la cena. Hay un poco de lengua en el almacén y si les gusta, cocinaré un repollo.

—Muy bien, gracias —repuse sonriendo—. Luego venga a nuestra tienda, en el prado, y lleve a la niña para que nos acompañe a tomar la merienda.

Sacudió la cabeza, mostrando los labios.

—Oh, no. Creo que no iremos. Les mandaré a la niña con las cosas, cuando termine de cocinar los panecillos. ¿Quiere que le amase algunos más para llevarlos mañana?

—Gracias.

Se quedó de pie en la puerta, apoyada contra el marco.

—¿Qué edad tiene la niña?

—En Navidad cumplirá seis años. Tuve muchos dolores de cabeza con ella, por varias cuestiones. No pude darle leche hasta que la chica tuvo un mes, estaba desnutrida y flaca como una varilla.

—No se parece a usted. ¿Salió a su padre?

Así como se había exaltado antes, cuando nos indujo a que nos fuéramos, ahora se enfadó contra mí.

—¡No! ¡No es verdad! —gritó hecha una furia—. Se parece a mí. Es mi vivo retrato. Hasta un ciego puede verlo. —Luego, se dirigió a la niña, que seguía removiendo su terreno.

—Ven acá, rápido, Else, y deja de remover esa tierra.

Me encontré con Jo pasando sobre el cerco del prado.

—¿Qué tiene la vieja bruja en el almacén? —me preguntó.

—No sé. No entré.

—¡Vaya! ¡Qué tontería! Jim te anda buscando. ¿Qué estuviste haciendo durante todo este tiempo?

—Buscando el linimento. Oye, Jo, qué elegante y bien peinado estás.

Jo se había aseado, traía el pelo reluciente, peinado con raya al medio. Había elegido un saco limpio por encima de la camisa. Me hizo un guiño.

Jim me quitó de las manos la botella de linimento. Me fui sola, a través del prado, donde los sauces se juntan, para bañarme en el arroyo. El agua clara me cubría el cuerpo, suave como el aceite. Entre las hierbas y las raíces de las orillas, el agua formaba orlas de espuma que se agitaban. Me quedé en el agua mirando cómo los sauces movían sus hojas por un momento y luego las dejaba quietas. El aire traía olor a lluvia. Me olvidé de la mujer y de su hija, hasta que regresé a la tienda. Jim estaba tendido sobre el césped, mirando el fuego de la hoguera que acababa de encender. Le pregunté si la chica había traído algo de comer y dónde estaba yo.

—¡Bah! —repuso Jim con disgusto, girando su cuerpo para acostarse de espaldas y observar de cara al cielo—. ¿No te has dado cuenta de que Jo está como embrujado? Se fue al almacén demasiado prolijo y me dijo: «¡Que me cuelguen si esa mujer no es más bonita de noche que de día! De todas maneras, muchacho, es carne de mujer». Esas palabras me dijo.

—Recuerda que tú tienes la culpa por haber hecho creer a Jo, y a mí también, que había una mujer bella en este almacén.

—No. No se trata de eso. Escucha, no puedo entenderlo. Hace cuatro años pasé por este lugar y permanecí dos días aquí. El marido de esa mujer fue compañero mío cuando ambos deambulábamos por las costas occidentales. Es lo que yo llamo un buen tipo, del tamaño de un toro y con una voz similar a un trombón. La mujer había sido camarera en una cabaña de la costa, hermosa como una muñeca. Cuando estuve en este almacén, cada quince días, la diligencia pasaba. Todo esto era antes de que inauguraran el ferrocarril de Napier. Y puedo asegurar que aquella mujer no perdía el tiempo. Recuerdo que me dijo, en un momento de confesión, que ella besaba de ciento veinticinco maneras diferentes y todas sensuales e irresistibles.

—¡Vamos, Jim! Por supuesto que no se trata de la misma mujer.

—Tiene que serlo…, de otra manera no me lo explico. Lo que yo creo es que su marido se fue y la abandonó. Que engañe a otro con la historia de la esquila. ¡Qué terrible soledad! Los únicos que aparecerán por aquí, de vez en cuando, serán los maoríes.

A pesar de la oscuridad, divisamos el blanco delantal de la niña. Caminaba arrastrándose hacia nosotros, con

una enorme canasta al brazo y una olla de leche en la mano. Revisé dentro de la canasta mientras la chica me miraba hacer.

—Ven aquí —Le dijo Jim haciéndole gestos con el dedo.

Se acercó. La lámpara que colgaba del techo de la tienda la alumbró de cuerpo entero. Era una pobre criatura escuálida y débil, con el cabello blancuzco y los ojillos tristes. Se había parado con las piernas abiertas y el vientre al aire.

—¿Qué haces durante el día? —Le preguntó Jim.

La chica escarbó con el dedo meñique su oreja, miró lo que había sacado y respondió:

—Dibujo.

—¿Eh? ¿Qué dibujas? ¡Deja de escarbarte las orejas!

—Dibujos.

—¿Dónde los haces?

—En papeles llenos de grasa, con el lápiz de mamá.

—¡Vaya! ¡Cuántas palabras de golpe! —Jim la miraba sonriendo, con algo de afecto—. ¿Ovejitas que hacen *beee* y vaquitas que hacen *mu*?

—No. Todas las cosas. Los dibujaré a todos antes de que se vayan, a sus caballos y a la tienda y a esa con ningún vestido en el arroyo —dijo, señalándome a mí—. Yo la veía desde un lugar donde ella no me veía.

—Te felicito —Le respondió Jim—. Así llegarás lejos en la pintura.

Entonces, le preguntó algo atrevido:

—¿Dónde está papá?

La chica pareció asustarse y comenzó a balbucear.

—No se lo voy a decir porque no me gusta su rostro. Y volvió a escarbarse la otra oreja.

—Bueno —Le dije—. Vete a casa, llévate la canasta y avísale al otro hombre que venga a comer.

—No quiero.

—¡Te voy a dar una cachetada si no obedeces! —la amenazó Jim, con suma violencia.

—¡Ay, ay! Se lo diré a mamá, se lo diré a mamá —dijo la chica y salió corriendo.

Comimos hasta hartarnos. Había llegado la hora del café y los cigarrillos, cuando Jo regresó, muy colorado y contento, con una botella de *whisky* en la mano.

—Bébanse los dos un trago —nos dijo alzando muy fuerte la voz y sacudiendo la botella en nuestras narices—. ¡Vamos! ¡Levanten las copas!

—Ciento veinticinco maneras distintas… —Le murmuré a Jim en el oído.

—¿Eh? ¿Cómo dicen? ¡Basta de eso! —dijo Jo, serio—. ¿Por qué se la agarran siempre conmigo? Parecen niños de escuela dominical en una excursión. Si quieren saberlo, nos ha invitado a los tres para que visitemos su casa esta noche y charlemos. Yo —levantó la mano, como si quisiera detener nuestras felicitaciones antes de tiempo— he sabido tratarla y sé cómo tranquilizarla.

—Te creo —comentó Jim riendo—. Pero ¿te dijo dónde está su marido?

Jo lo miró entre sorprendido e irritado.

—En la esquila. Ella misma te lo dijo, idiota.

La mujer había limpiado y arreglado la habitación, incluso la adornó con un ramo de arvejillas en el centro de la mesa. Fui a sentarme al lado de ella, frente a Jo y Jim. Además de las flores de adorno, sobre la mesa había una lámpara de petróleo, la botella de *whisky*, vasos y una jarra de agua. La chica, arrodillada en el suelo, dibujaba en un papel de envoltura. Me pregunté, sobresaltada, si acaso no estaría reproduciendo la escena del arroyo.

No había duda de que Jo tenía razón cuando dijo que la mujer se vería mejor de noche. En verdad, esa noche presentaba mejor aspecto. Las hebras de su cabello rubio estaban prolijas, recogidas y alisadas, tenía cierto color en las mejillas y brillaban sus ojos. Y advertimos que sus pies se hallaban apretados, bajo la mesa, por las botas de Jo. Su delantal grasoso había sido reemplazado por una falda de lana negra y una blusa blanca. La chica llevaba una cinta azul en el pelo. Así, en la atmósfera asfixiante

de aquella habitación, entre el zumbido de las moscas que giraban en espirales ascendentes hacia el techo y descendían sobrevolando la mesa, nos emborrachamos lentamente.

—Ahora escúchenme —interrumpió la mujer dando puñetazos sobre la mesa—. Hace seis años que me casé y he tenido cuatro abortos. Le dije a mi marido: ¿Quién crees que soy yo para que me tengas aquí? Si estuviéramos en la costa, te haría colgar por infanticidio. Y le repetía: has doblegado y sometido mi espíritu, me has arruinado el cuerpo, la apariencia. ¿Para qué? ¡Eso es lo que quiero saber! ¿Para qué? —Se agarró la cabeza con las manos, apoyó los codos sobre la mesa, mirándonos fijamente. Y comenzó a hablar de nuevo, con rapidez—. Durante días enteros, que sumados formaban meses, me torturaban la cabeza aquellas dos benditas palabras. ¿Para qué? A veces estaba aquí, frente a la estufa, cocinando papas, y al levantar la tapa de la cacerola para moverlas, oía las mismas palabras de siempre y no solo aquel «¿Para qué?», con las papas y con la chica y con… Quiero decir que… quiero decir… —un ataque de hipo la interrumpió—. ¡Usted sabe lo que quiero decir, señor Jo!

—Lo sé —dijo Jo rascándose la cabeza.

—Lo peor era —continuó la mujer, inclinándose sobre la mesa— que me dejaba sola mucho tiempo. Cuando las diligencias dejaron de venir, se iba por muchos días, semanas y hasta meses, dejándome encargada del almacén. Y después regresaba, contento como en Pascuas. «¡Hola!», me decía. «¿Cómo has estado? Ven aquí y dame un beso». Y yo iba. Y cuando me negaba a ser afectuosa, él volvía a irse, a desaparecer sin decir nada. Aunque si yo me mostraba complaciente, también se iba. Cuando lo recibía, esperaba hasta hacerme bailar sobre un dedo y después se despedía: «Bueno, hasta siempre. Ya me voy». ¿Y creen que yo podía retenerlo? ¡No! Yo, no.

—Mamá —gritó la chica—. Hice un dibujo de todos ellos, bajando por la colina, y de ti y de mí y el perro, abajo.

—¡Cállate! —gritó la mujer.

La luz de un relámpago iluminó en forma eléctrica la habitación y a los pocos segundos se oyó el sacudón del trueno.

—Menos mal que se larga —comentó Jo—. El clima nos ha estado sofocando desde hace tres días.

—¿Dónde está ahora su marido? —insistió Jim, acentuando cada palabra.

Metió la cabeza entre sus brazos, apoyados sobre la mesa, y empezó a lloriquear.

—Se ha ido a la esquila y otra vez me dejó —gritó entre gemidos.

—¡Eh! ¡Cuidado con esos vasos! —exclamó Jo—. Levante la cabeza y tome otro trago. No tiene sentido alguno llorar por maridos ausentes. La has hecho buena, Jim.

—Señor Jo —suspiró la mujer, levantando la cabeza y secándose las lágrimas con la solapa de su chaqueta blanca—, usted es un tipo decente. Si yo fuera mujer de secretos, le confiaría todo a usted. Y no crea que me opongo a beberme otro vaso de *whisky*.

La luz de los relámpagos era cada vez más fuerte, lo mismo que la potencia de los truenos. Jim y yo estábamos

en silencio. La chica seguía de rodillas, apoyada en el banco y sin moverse. Tenía la punta de la lengua fuera de la boca y, de vez en cuando, soplaba sobre el papel en que dibujaba.

—Es la soledad —exclamó la mujer, dirigiéndose hacia Jo, que la escuchaba con afecto—. Es la tristeza de estar aquí, como una gallina ponedora en su nido.

Jo extendió su brazo sobre la mesa y tomó la mano de la mujer. A pesar de que la posición de los dos parecía muy incómoda, sobre todo al servirse *whisky* y al beberlo, mantuvieron unidas sus manos, como si estuvieran adheridas.

Me levanté para acercarme a la niña. Ella, por su parte, se incorporó con decisión y se sentó sobre el banco y los papeles de sus dibujos, mirándome con desconfianza.

—No puede verlos —dijo, desafiante.

—Vamos, no seas tonta.

Jim se acercó a nosotros. Los dos habíamos bebido bastante, tomamos a la niña por los brazos y la arrancamos

del banco para ver sus dibujos. Los analizamos y, para mi asombro, estaban bien hechos, algo repulsivos y groseros. Eran las composiciones de un lunático, hechas con la habilidad de un lunático. No había duda de que la niña tenía la mente perturbada. Y ahora se mostraba alegre de que viéramos sus dibujos. A medida que los mostraba, sus nervios eran crecientes, reía, temblaba y tiritaba en nuestros brazos con una fuerza muy particular.

—¡Mamá! —gritó en un momento dado, en un punto extremo de la excitación—. Voy a hacerles el dibujo que tú me dijiste que no hiciera nunca. Lo haré ahora.

Con una velocidad inusitada, la mujer se levantó de la mesa, se lanzó hacia su hija y la golpeó con brusquedad en la cabeza, con las dos manos abiertas.

—¡Te daré azotes desnuda si te atreves a decir eso otra vez! —Le gritaba, convertida en una fiera.

Jo estaba muy embriagado como para darse cuenta de lo que sucedía. Jim tomó los brazos de la mujer para que no siguiera pegando a la niña. La niña no lloró ni lanzó un solo grito. Al terminar el forcejeo, se acercó pausadamente a la ventana y se quedó allí despegando las moscas del papel.

Todos volvimos a la mesa. Esta vez me senté junto a Jim para que la mujer se ubicara al lado de Jo y se reclinara sobre su pecho. Nos quedamos los cuatro diciendo estupideces. «Este cayó cerca. Otro más, y otro», y Jo, justo en medio del estruendo de un trueno: «Ahora viene. Ya está. Agárrense. Ya llega», hasta que empezaron a caer gotas gruesas sobre el techo de chapas acanaladas, que perturbaban.

—Será mejor que esta noche se queden a dormir aquí —dijo la mujer.

—Así es —afirmó Jo que, por otra parte, estaba más que interesado por el ofrecimiento.

—Saquen lo que necesiten de la tienda. Ustedes dos pueden dormir en el almacén junto con la niña, que ya está acostumbrada a dormir allí y no le importará.

—Nunca he dormido ahí, mamá —interrumpió la niña.

—¡Cállate y no digas mentiras! El señor Jo puede dormir aquí.

La distribución de lugares resultó absurda, pero era inútil cambiar su propuesta. Sin duda, Jo y la mujer ya se habían puesto de acuerdo.

Mientras ella organizaba este plan, Jo permaneció inmóvil en su silla, con una seriedad pocas veces vista en él, con los carrillos enrojecidos y jugando con el bigote.

—Préstanos una linterna —dijo Jim—. Iré a buscar las cosas a la tienda.

Salimos juntos. La lluvia nos golpeaba la cara y al caminar sentíamos debajo de nosotros la tierra blanda, como si fueran cenizas. Como niños frente a una aventura, y corriendo por el prado, saltando, gritando, riendo entre el pavoroso estruendo de los truenos.

Al volver al almacén, la niña ya estaba acostada sobre el mostrador. La mujer nos entregó una lámpara y Jo tomó, de manos de Jim, el bolso con su ropa y salió con la cabeza baja, cerrando la puerta.

—¡Buenas noches! —gritó desde el otro lado.

Jim y yo nos dejamos caer sobre dos bolsas de papas, sin poder aguantar la risa. De las vigas del techo colgaban bolsones repletos de cebollas y piernas de jamón. Por doquiera que miráramos se hallaban los anuncios del «Café Camp» y estantes con latas de carne. Nos los mostrábamos uno al otro, tratando de leer los títulos de letras más pequeñas, entre risas e hipos. La niña nos miraba desde el mostrador, sin otra expresión que su mirada triste. De pronto, arrojó a un costado la frazada y saltó al suelo. Se quedó donde había caído, muy seria, con su camisón de franela gris, rascándose el empeine de un pie con la uña del dedo gordo del otro pie. No le prestamos casi nada de atención.

—¿De qué se ríen? —nos preguntó molesta.

—¡De ti! —repuso Jim, rápido—. De ti y de tu tribu, niña mía.

La niña se ofuscó de pronto y se daba golpes con los puños, gritando:

—¡No quiero… No quiero que se rían de mí! ¡Malos! ¡Malditos!

Jim se acercó a la chica, la alzó con poca firmeza y la arrojó con violencia sobre el mostrador.

—¡Duérmete y calla! O dibuja, si quieres. Aquí tienes lápiz, y usa si quieres el libro de cuentas de tu mamá.

Nos quedamos sentados en silencio, y entre el murmullo de la lluvia oímos claramente los pesados pasos de Jo en el piso de madera de la habitación vecina, luego una puerta que se abría, y un rato después, cerrarse la misma puerta.

—Es la soledad —murmuró Jim.

—¡Pobre de él! ¡Ciento veinticinco distintas maneras de besar, señor mío!

La chica arrancó violentamente una hoja del libro de cuentas de su madre y, desde el mostrador, la arrojó hacia donde estábamos nosotros.

—¡Allí está! —nos dijo con su voz chillona de niña caprichosa—. Aunque no lo quiere mamá, lo hice. Lo hice porque me encerró aquí, con ustedes. El dibujo que

ella no quiere que haga. Dijo que me mataría si lo hacía, pero lo hice igual. ¡No me importa! ¡No me importa!

La chica había dibujado a una mujer disparando un rifle contra un hombre y a la misma mujer haciendo un foso en la tierra para enterrar al muerto. Saltó del mostrador y se puso a caminar por el interior del almacén, mordiéndose las uñas. Jim y yo nos quedamos sentados sobre las bolsas, sin decir palabra, al lado del dibujo, hasta que comenzó a aclarar. La lluvia había cesado y la niña dormía respirando con dificultad. Salimos rápidamente del almacén y corrimos hacia el prado, a nuestra tienda. En el cielo color rosa transitaban pequeñas nubes blancas y soplaba un viento frío con olor a hierba mojada. Cuando montamos para partir, Jo salió de la casa y nos hizo señas de que nos fuéramos.

—Los alcanzaré después —gritó.

En el primer recodo del camino, perdimos de vista aquel lugar.

LOS ALEMANES A LA MESA

La sopa de pan había sido servida.

—¡Ah! —dijo *Herr Rat*, inclinándose sobre la mesa para mirar dentro de la sopera—. Esto es lo que yo necesito. Hace varios días que mi imagen no está en regla. Sopa de pan en su punto justo de densidad.

Se volvió hacia mí y añadió:

—Soy un cocinero excelente.

—Qué interesante —exclamé, intentando infundir a mi voz el suficiente entusiasmo.

—Sí, es preciso cuando uno no está casado. Por mi parte he obtenido de las mujeres todo cuanto quise sin casarme. —Se sujetó en el cuello la servilleta y sopló la sopa, sin dejar de hablar—. Ahora a las nueve hago un almuerzo a la inglesa, pero no tan fuerte como ustedes. Cuatro rebanadas de pan, un par de huevos, don lonchas de jamón frito, un plato de sopa, dos tazas de té... Para ustedes, nada.

Lo afirmó con tal vehemencia, que me faltó valor para refutarlo.

Todas las miradas convergieron en mí, y me pareció estar soportando el peso de todos los almuerzos disparatados de la nación. Yo que de mañana tomo una taza de café al tiempo de abrocharme la blusa.

—Nada —proclamó *Herr* Hoffmann de Berlín—. *Ach!* Cuando estuve en Inglaterra solía comer por la mañana.

Levantó la vista y el mostacho, y se puso a enjugar las escurriduras de sopa sobre la chaqueta y el chaleco.

—¿De veras comen ustedes tanto? —preguntó *fräulein* Stiegelauer—. ¿Sopa, pan tostado, carne de cerdo, té y café, frutas en confitura, miel, huevos, pescado frío, riñones, hígado y pescado caliente? ¿Y las señoras comen tanto también?

—Exacto —exclamó *Herr Rat*—. He podido observarlo por mí mismo cuando viví en un hotel de *Leicester Square*. Era un buen hotel, pero no sabían hacer té. Ahora que...

—Ah, pues es algo que yo sé —dije riendo divertida—. Sé hacer té excelente. El secreto está en calentar la tetera.

—¡Calentar la tetera! —me interrumpió *Herr Rat*, echando a un lado el plato de la sopa—. ¿Para qué calentar la tetera? ¡Ja, ja! Es estupendo. Creo que no se comerá la tetera.

Clavó en mí sus fríos ojos azulados, con una expresión que hacía presumir un millar de planes de invasión.

—De modo que ¿ese es el secreto de su famoso té? ¿Nada más que calentar la tetera?

Quise decir que aquello era solamente como el comienzo del galope en el caballo. Pero no supe cómo traducirlo y callé. La sirvienta trajo la ternera con *sauerkraut* y patatas.

—Me gusta mucho la *sauerkraut* —dijo el viajante para el norte de Alemania—, pero he comido ya tanta, que no puedo retenerla y me veo en seguida obligado a...

—¡Qué día más hermoso! —exclamé, volviéndome hacia *fräulein* Stiegelauer—. ¿Madrugó usted mucho?

—A las cinco paseé durante diez minutos sobre la hierba húmeda —explicó esta—. Me acosté de nuevo,

y a las cinco y media me quedé dormida. No desperté hasta las siete para lavarme de arriba abajo. Y otra vez a la cama. A las ocho me puse una compresa de agua fría, y a las ocho y media bebí una taza de té de menta. Tomé un poco de malta a las nueve y empecé mi «cura». Haga el favor de pasarme la *sauerkraut*. ¿No toma usted?

—No, gracias, la sigo encontrando un poco fuerte.

—¿Es verdad —inquirió la viuda mientras se escarbaba los dientes con una horquilla— que es usted vegetariana?

—Pues, sí, hace tres años que no como carne.

—Inconcebible. No tendrá hijos.

—No.

—Claro que no. ¿Ve a dónde van ustedes? Nunca he oído decir que se pueda tener hijos alimentándose con vegetales. Es imposible. Pero hoy en día no tienen ustedes en Inglaterra muchos hijos. Deben de estar muy atareados con los sufragistas. Pues yo he tenido nueve y todos viven, gracias a Dios. Criaturas sanas y hermosas. Aunque desde que tuve el primero he tenido que...

—Magnífico —exclamé.

—¿Magnífico? —dijo la viuda con aire despectivo, mientras volvía a colocar la horquilla en el montículo que se balanceaba en lo alto de su cabeza—. Eso no tiene importancia. Una amiga mía tuvo cuatro de una vez, y su marido se puso tan contento, que dio una cena y los colocó sobre la mesa. Ella, como es natural, estaba orgullosísima.

—Alemania —tronó el viajante— es el país de la familia. —Había ensartado una patata con el cuchillo y la iba mordiendo en derredor.

A esto siguió un respetuoso silencio. Se cambiaron los platos para la carne de vaca con pasas y espinacas. Limpiaron los tenedores en un trozo de pan negro y comenzaron de nuevo.

—¿Cuánto tiempo va a permanecer aquí? —me preguntó *Herr Rat*.

—No lo sé fijamente. Tengo que estar en Londres para septiembre.

—Visitará *München*, naturalmente.

—Temo que no me alcance el tiempo. Ya sabe que es muy importante no interrumpir el tratamiento.

—Pues tiene que ir usted a *München.* No habrá visto Alemania si no ha estado en *München.* Todas las exposiciones y todo el arte y el elma vívida de Alemania se encuentran en *München*. Hay en agosto un festival de Wagner. Y, además, Mozart, una colección de pinturas japonesas... y la cerveza. No sabrá lo que es la buena cerveza si no va a *München*. Como que yo he visto damas distinguidas, pero muy distinguidas, bebiéndose vasos así de grandes —sonreí al verle señalar un gran lavamanos colocado en alto.

—Cuando bebo mucha cerveza de *München*, sudo otro tanto —dijo *Herr* Hoffmann—. Estando aquí o en el campo o antes del baño, me agrada sudar. En la ciudad no ocurre lo mismo.

Inspirado por este pensamiento se enjugó el cuello y el rostro con la servilleta y también se limpió meticulosamente los oídos.

Una fuente de cristal con albaricoques en almíbar fue colocada en la mesa.

—¡Oh, la fruta! —exclamó *fräulein* Stiegelauer—. ¡Es tan necesaria para la salud! El médico me dijo esta mañana que cuanta más fruta comiera, mejor.

El viajante dijo:

—Creo que están ustedes extraordinariamente asustados ante el temor de una invasión, ¿eh? Sí, es cierto. He estado leyendo en un periódico lo que ocurre en Inglaterra. ¿Lo ha leído usted?

—Sí —repliqué muy tiesa en mi asiento—. Y puedo afirmar que no estamos asustados.

—Pues debieran estarlo —dijo *Herr Rat*—. No tienen ejército de ningún género... Unos cuantos chicuelos con las venas emponzoñadas por la nicotina.

—Pero no teman —manifestó *Herr* Hoffmann—, no necesitamos Inglaterra. De haberla necesitado la hubiéramos tenido hace tiempo. De veras. No nos hacen falta ustedes —y me amenazó en broma con la cuchara,

mirándome desde el otro lado de la mesa, como si fuese un niño chiquito a quien pudiera retener o despedir a su capricho.

—Estoy segura —le dije— de que nosotros no necesitamos Alemania.

—Esta mañana tomé un baño de asiento —declaró espontáneamente *Herr Rat*—. Esta tarde tomaré un baño de piernas y brazos, luego haré gimnasia durante una hora y mi tarea ha concluido. Un vaso de vino, un par de panecillos con sardinas y... Trajeron una tarta de cerezas con nata batida.

—¿Cuál es el plato favorito de su esposo? —me preguntó la viuda.

—La verdad es que no lo sé —respondí.

—¿De veras no lo sabe? ¿Cuánto tiempo lleva casada?

—Tres años.

—¡Pero no hablará en serio! No hubiera podido llevar la casa ni una semana sin saberlo.

—Lo cierto es que nunca se lo pregunté. No es exigente respecto a la comida.

Pausa. Todos movieron la cabeza y me miraron con la boca llena de huesos de cereza.

—No tiene nada de particular que se esté repitiendo en Inglaterra ese horrible estado de cosas que se da en París —dijo la viuda doblando la servilleta—. ¿Cómo va a conservar una mujer el marido a su lado si después de tres años ignora cuál es su plato favorito?

—¡*Mahlzcit, mahlzcit*!

Cerré la puerta tras de mí.

“El paso del tiempo, nunca cambiaría nada. Puede que otros hombres se recuperaran, puede que otros lograran aceptar su pérdida, pero él no...

Colección
Lima Lee

